

presidente interino del Directorio, marqués de Magaz; el alcalde de Madrid, conde de Vallellano; el subsecretario de Instrucción pública, la señora viuda de Lampérez y el director de la Biblioteca Nacional, pasaron al salón de fiestas, donde se sirvió la comida. La familia real abandonó el Ritz después de las once y media de la noche.

DISCURSO

DE DOÑA BLANCA DE LOS RÍOS EN LA INAUGURACION
DE UNA LAPIDA EN HONOR DEL SABIO CALDAS, EN
MADRID (1)

Señor:

El acto a que asistimos, dentro de su austera sencillez—tan española,—es, por su alteza moral, digno de España, capital del renacimiento caballeresco y patria de la hidalguía, que no en vano tiene por símbolo de raza a *Don Quijote*, el magnífico paladín del ideal.

Venimos a ver trasladado, por la mano del arte, al bronce de la historia el real decreto de 12 de octubre último, documento ejemplar en que la firma de un rey, representativo, si los hubo, del más noble de los pueblos, dio fuerza de ley a la generosa aspiración de un muerto inmortal, para con otro de los muertos que no mueren. Menéndez y Pelayo escribió que España debía un monumento expiatorio a la memoria del sabio neogranadino Francisco José de Caldas, dolosamente sacrificado por el mal entendido celo de un mandatario

(1) No hemos podido conseguir íntegro el discurso de la señora de los Ríos y, muy a pesar nuestro, nos hemos tenido que contentar con este extracto.

a quien nuestra patria confió la pacificación de aquellas provincias ultramarinas, y don Alfonso XIII, al convertir en hecho la magnánima aspiración del más grande de los contemporáneos españoles, mediante ese decreto real que pudiera encuadrarse con el Romancero, ejemplario de nuestra hidalguía, ha dado por nulo cuanto pudo separarnos, no ya de Colombia, de toda nuestra América española, las violencias y las incomprensiones de los días de luchas civiles o más bien contiendas fraternales; porque lo que nos separó fue lo contingente, lo momentáneo, el drama de familia, el tirón doloroso, el desgarramiento de todas las emancipaciones, y lo que nos une es lo indestructible, lo eternamente vivo: el amor, el espíritu, la fe, la lengua, la cultura.

Y al ver cumplida, por orden del Rey, la voluntad de aquel gran polígrafo y gran patriota, que al integrar en su mente a la España mayor, supo hacernos sentir a los españoles de aquende y de allende el Atlántico el hondo latido étnico de un alma colectiva, del alma que alienta en los cien millones de hispanos que, al hablar nuestra lengua, animan de nuestro espíritu, tanto como nosotros mismos, ya que una lengua es el órgano vivo, el verbo de la espiritualidad indivisible de una raza: al ver hoy alzarse junto a la estatua de aquel gran español la lápida que consagra la memoria de un sabio que recibió de España, con la herencia de la sangre y del espíritu, el legado excelso del saber, una evocación ineludible se levanta del fondo de nuestra conciencia: la evocación de las dos insólitas supremacías que España ostenta ante la historia: la de la madre y la de la educadora de una raza.

Y, en verdad, que esa evocación, que es la afirmación victoriosa de nuestra magna personalidad hispana, como nación y como estirpe, se nos impone como santo

deber de patriotismo a cuantos nos gloriamos de españoles, no sólo ahora, en que una tendenciosa campaña de falsas informaciones y una sucia ola de calumnias pretenden enlodar la santa faz de España, sino siempre, mientras corría de los labios de la impostura a los infinitos oídos de la ignorancia, la ya desacreditada leyenda negra, que sobrevive con la recia vida del error; mientras subsista uno solo de los indignantes prejuicios históricos explotados por la envidia de los que no pueden perdonarnos el doble, irritante privilegio de haber completado la tierra y haber creado una raza....

Y si es indubitable verdad histórica que España estaba científicamente preparada para el descubrimiento del Nuevo Mundo, no es menos verdad que nuestra patria sacó de su descubrimiento, de todos sus portentosos descubrimientos geográficos, las más fecundas enseñanzas científicas. Ahí está para demostrarlo la legión benemérita de nuestros cartógrafos de la Casa de Contratación y del Consejo de Indias: nombres como los de Juan de la Cora, Andrés de Morales, Juan Díaz, de Solís, Nuño García Torreño, Alonso de Chaves, etc.; figuras científicas como la de Alonso de Santa Cruz, el que trazó las primeras cartas esféricas, el autor del *Islario general del mundo*; Martín Cortés, que en su *Breve compendio Sphera*, señaló la existencia algo apartada del polo terrestre (el polo magnético), adivinaba ya la existencia del polo magnético; Andrés de Morales, iniciador de la teoría de las corrientes pelágicas; el padre Acosta, tenido como fundador de la física del globo; Andrés García de Céspedes, autor del *Islario general*, primer atlas de América. Ahí está en el siglo XVI la expedición de Francisco Hernández a Nueva España y al Perú, tan fructuosa para la botánica. Y no ha de olvidarse que, como dice Juderías, los primeros

que descubrieron las fórmulas modernas de la fundición de metales fueron españoles y lo hicieron en América . . . y los primeros que dieron a conocer las riquezas naturales de los pueblos recién descubiertos fueron españoles y se llamaron Fernández de Oviedo, Antonio de Herrera, López de Gómara, Francisco Hernández, etc.; españoles eran también los misioneros que, viviendo aquella gran historia, la escribieron en páginas que como las de Torquemada, Sahagún, «Motolinía» y Aguado, forman la base de la historia de América; españoles y misioneros los que recogieron de los labios de los aborígenes todo el tesoro de las lenguas americanas; ahí están para acreditarlos fray Juan de Zumárraga, arzobispo de Méjico, haciendo imprimir en 1539 una *Doctrina* en lengua castellana y mejicana; fray Andrés de Olmos, autor de una *Gramática de lengua nahuete*, 1547; fray Luis de Villalpando, autor de un *Arte y Vocabulario de la lengua maya*; fray Francisco Marroquin y su *Gramática y Vocabulario de la lengua guichuca* . . .

Esto acontecía en el siglo en que Felipe II creó en Valladolid «un verdadero museo de ciencias y artes de la época, como no lo tenía ninguna nación de Europa»; en los días en que el naturalista Laguna fundó en Aranjuez el primer jardín botánico que existió en Europa; en los días en que la medicina logró entre nosotros singular apogeo, y en que enriquecimos las ciencias médicas con tan numerosas substancias, de las cuales la quina salvó más vidas que todas las otras medicinas juntas; en el siglo en que floreció nuestra mística, manifestación portentosa y sin ejemplo en los fastos de la espiritualidad humana, y en que del seno de la mística surgió nuestro grande arte nacional (teatro, novela, pintura) pleno de vida y de salud; aquel arte cuyo poder

educador se ejerce todavía, o cada vez más en el mundo, y se ejerció tan fructuosamente en América desde los días mismos de la Conquista . . .

El más elocuente testimonio de nuestra obra en el Nuevo Mundo, el más fiel e irrecusable testigo de ella es el Barón de Humboldt, llevado providencialmente a recorrer nuestra América a los fines de nuestro imperio colonial como para que sorprendiera en plena vida, en plena actividad, a la España nueva creada por la vieja, con el océano de por medio y teniendo que transportar toda una civilización en barcos como lanchas; y Humboldt, con mano temblorosa por la admiración, trazó el rápido inventario de aquella obra sin ejemplo, en páginas que son ante la historia el más veraz, autorizado y concluyente de los testimonios de la acción cultural y educadora de España en América. No cabe aquí ni la más rauda síntesis de aquel inventario glorioso; magna acción misionera y colonizadora de los siglos XVI y XVII. De ellas dice Humboldt: «Ningún gobierno europeo ha sacrificado sumas más considerables que el español para fomentar el conocimiento de los vegetales. Tres expediciones, a saber: las del Perú, Nueva Granada y Nueva España, dirigidas por los señores Ruiz y Pavón, don José Celestino Mutis y los señores Sesé y Mociño, costaron al Estado como unos 400.000 pesos . . . »

Así nació Colombia del seno de España que le dio tres veces su vida: por la sangre, por el amor y por la ciencia.

En ese bronce que desagravia e inmortaliza entre nosotros la memoria del gran discípulo de Mutis honramos a la Gran Colombia, hija dilecta y digna de tan gran madre, y honramos a España, creadora y maestra de naciones.